

De la memoria a la ciudadanía

Por: Juan Camilo Aljuri Pimiento

Publicado originalmente el 16 de febrero de 2021 en fmyc.org

Por estos días, en una clase sobre memoria, transmisión y educación, tratamos preguntas que permanecen pertinentes en una Colombia que lucha por superar un presente que se mantiene violento.

Durante las últimas semanas, los profesores Santiago Cueto Rúa y Martín Legarralde de la Universidad de la Plata, nos han llevado a un grupo de estudiantes a pensar en las diferentes categorías de memoria y cómo estas pueden ser transmitidas en diferentes escenarios, incluyendo el escolar. A continuación, vienen algunas de mis reflexiones al respecto, las cuales no comprometen a los docentes ni a mis compañeros.

Para comenzar, considero que la escuela tiene un rol político y social fundamental: formar ciudadanos a partir del reconocimiento del pasado y sus múltiples memorias, para permitir que las futuras generaciones sean más conscientes de su entorno y sus conciudadanos. La premisa aquí es que la memoria del pasado puede permitirnos ser más empáticos y solidarios.

Así, la memoria se entiende como un imperativo ético que se podría trabajar desde las escuelas, pero esto trae varias dificultades: ¿cómo hacer para que los estudiantes comprendan la experiencia del pasado y esta los ayude a ser mejores ciudadanos?, ¿qué pasa con los y las docentes que deben enseñarlas, pero tienen el conflicto cercano y esto media sus posibilidades discursivas? Y, ¿qué memorias se privilegian y en función de qué enseñanza?

La forma en que ha evolucionado el conflicto armado en Colombia hace que sea difícil de explicar y de sintetizar y cualquier pretensión de comprensión total en un escenario escolar seguramente se verá corta. Una estrategia que Facing History and Ourselves (FHAO) ha trabajado, y que considero acertada, es la de presentar cortas contextualizaciones históricas y testimonios de la época.

A esto debemos añadirle un propósito claro para utilizar los contextos y testimonios de manera efectiva. La clase de historia o sociales debe exceder la formación en el método y concentrarse también en la formación ciudadana. Ahí es que los testimonios son útiles, ya que presentan la manera en que las personas han enfrentado sus contextos particulares, algo que los estudiantes hacen en su cotidianidad. Estos puentes entre personas que vivieron el pasado y nosotros mismos, son clave para comprender que el curso de la historia depende de todos.

Y aunque ese ejercicio suena sencillo tiene un fuerte aspecto emocional, ya que los estudiantes en formación viven en contextos donde la violencia permanece viva y donde la esperanza no es un horizonte tan claro. Lo mismo ocurre con los y las docentes: muchos de nuestros profes han vivido el conflicto de primera mano y hablar de este y de su propia memoria tiene el riesgo del sesgo personal.

Es por esto por lo que el trabajo con docentes es clave. Cada día son más responsabilidades que le ponemos a este gremio, pero no le correspondemos con desarrollo profesional y emocional. Se hace necesario que los y las docentes tengan escenarios para hablar de sus propias experiencias y también para que conozcan otras y comprendan las múltiples memorias del pasado, para así, poder tratarlas en sus aulas de clase, en sus escuelas y ojalá, cuando se nos permita, en todos los espacios de socialización que rodean la escuela.

Esto último me remite a mi tercera pregunta, por las memorias que escogemos reconocer y enseñar. En un escenario perfecto todos y todas tendrían una voz, pero el mismo ejercicio de seleccionarlas de diferentes lugares, estudios, informes, hace que no sea tan sencillo, sobre todo en aras de la generación de escenarios que promuevan la empatía. Entonces, ¿qué hacer?

Hay muchos recursos que se han producido en los últimos años en Colombia. Basta mencionar los del Centro Nacional de Memoria Histórica, reconocer los de las múltiples ONG que trabajan en los territorios y lo que viene realizando la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición. Una tarea pendiente que muchos docentes vienen realizando es la de seleccionar fuentes e información de estos lugares para traerlas a la clase.

Sin embargo, no se trata simplemente de traer al aula algo que se compiló en otro lugar: hay que saber cómo hacerlo. Debemos haber enfrentado nuestros temores y prejuicios, reconocer a nuestros estudiantes para saber cómo acercarnos a ellos y ellas y, sobre todo, saber con qué memorias hacerlo a partir de un pasado difícil y complejo como es el colombiano. Por difícil que sea, las memorias deben entrar al aula para educar ciudadanos activos.